



TALLER 8

EL ARTE Y LA LITERATURA BAJO, FRENTE Y SOBRE LA CORRECCIÓN POLÍTICA

Enrique García-Máiquez

Poeta. Escritor. Columnista.

A) Planteamientos

Si queremos entender la relación del arte y la literatura con la corrección política no podemos olvidar que su problemática se instala en una triple dimensión:

- 1) En primer lugar, las artes son especialmente sensibles a la censura de la corrección política, por tres motivos. A) Necesitan de un mayor margen de libertad de expresión y de pensamiento; B) por su propia naturaleza –nacidas para sondear el fondo del alma humana y la mora– tocan temas radicalmente sensibles y, por último, C) lo políticamente correcto sabe muy bien que esa libertad creativa ejerce, a la larga, una enorme influencia, que necesita dominar. Por lo que redobla sus esfuerzos de control de todas las maneras posibles.
- 2) Sin embargo, la presión a las que se ven sometidas el arte y la literatura es una oportunidad creativa, como siempre lo ha sido. Del mismo modo que la paloma necesita la resistencia del aire para elevar el vuelo, el arte y la literatura aprovechan la censura para desplegar un mayor ingenio y una creatividad imprescindible.

Todo deviene en una mayor calidad estética, como es lógico y demuestra la Historia.

- 3) El punto precedente conlleva un peligro sutil. Conformarse con la dialéctica contra lo políticamente correcto. Al arte y la literatura no les puede bastar con burlar –en los dos sentidos– la censura o la cultura de la cancelación, por mucho que eso resulte excitante para el público, artísticamente eficiente y rentable en los medios. Por encima de la imprescindible defensa, se han de seguir buscando los valores eternos, que son su razón de ser.

En el taller hemos dividido las dos sesiones en el estudio de estas tres instancias, desde la teoría en la primera sesión, y con un debate práctico en la segunda. Para su exposición, unificamos el planteamiento, el debate y la conclusión por en una de las dimensiones.

EL ARTE Y LA LITERATURA BAJO LO POLÍTICAMENTE CORRECTO

Incluso en este primer apartado de nuestro análisis nos podemos permitir cierto optimismo, que luego irá in crescendo. Las artes y la literatura son especialmente sensibles a la presión de lo woke, en efecto, y, en ese sentido, añaden a sus muchas aportaciones a la sociedad, una más, de enorme utilidad en los tiempos que corren. Actúan como voz de alarma de que se está produciendo una pérdida de libertad de pensamiento, de expresión y de creación significativa en el conjunto de la sociedad, aunque ellas lo detectan enseguida. Mucho antes de que el ciudadano de la calle note la limitación de sus libertades, el arte y la literatura deben haber dado ya la alerta. Funcionan como el canario que los mineros introducían en las galerías para detectar escapes de gas. Si la sociedad está atenta a la salud del pájaro, podrá remediar a tiempo problemas que a medio plazo afectarán a su libertad en general.

Por otra parte, hay que aprender de los promotores de lo políticamente correcto. Han sabido ver la importancia del arte y de la literatura en la configuración de un pensamiento social y de la sensibilidad general. Su presión no se ejerce solamente, por tanto, en el sentido de acallar lo que discuta sus planteamientos. También empujan para ofrecer a la sociedad contenido artístico que avale y extienda su cosmovisión. Esto se realiza en todos los órdenes, desde la música popular, el entretenimiento televisivo y radiofónico y la ficción más mediática a la alta cultura más elitista. No tener en cuenta esta «censura positiva» (permítasenos crear este

concepto sobre el modelo de «discriminación positiva») supone quedarnos en la mitad de nuestro análisis. Las subvenciones, los premios oficiales y oficiosos, la atención mediática a todo eso contribuye tanto a encumbrar a poéticas y teorías favorables como a opacar y silenciar a las contrarias sin necesidad de recurrir a la censura o a la cancelación directa.

Para apreciar el peso de la censura, hemos analizado en el taller obras de arte, cine y literatura clásicas y de hace unos pocos años que hoy resultarían imposibles. Con esa práctica hemos marcado el «nivel de las aguas» –como se hacía en las riadas e inundaciones– de la censura artística. Especialmente útiles para el estudio resultan los «remakes», esto es, las modernizaciones de películas o series. Conllevan, en muchos casos, una descarada apuesta ideológica. Se cancela buena parte del mensaje de la obra clásica y, a la vez, se nos propone un cambio perfectamente sincronizado con las ideologías ahora imperantes.

Dos casos flagrantes ocuparon nuestro análisis. Las adaptaciones de la novela de Evelyn Waugh *Retorno a Brideshead* (1945). Mientras que la serie de Granada Television de 1981, escrita por John Mortimer y dirigida en su mayor parte por Charles Sturridge, es fiel al espíritu de la novela (esto es, en palabras de Waugh, a «la acción de la gracia divina en un grupo de personajes diversos»), la película de 2008 dirigida por Julian Jarrold difumina el mensaje original y añade contenidos acordes con la mentalidad moderna, disolviendo su mensaje cristiano.

Nos lo recuerda Carlos Villar Flor en *Aceprensa* («Retorno a Brideshead: cómo diluir un clásico católico en la pantalla», 28 de noviembre de 2008): «El mismo Waugh profetizó su destino en el curioso relato escrito en 1934, «Viaje a la realidad», donde un productor de cine pretende absurdamente hacer Hamlet inteligible para las masas quitándole toda la poesía y filosofía. Precisamente lo que ha hecho grandes a los clásicos es el hecho de no ser en absoluto asépticos, y todo el catolicismo del *Retorno a Brideshead* original no ha impedido que cientos de miles de ateos, acatólicos o indiferentes se hayan emocionado con su lectura». De hecho, es muy significativo ver como a la película de 2008 se le escapa toda la emoción de la obra original por el desaguadero de su modernización y adecuación a los moldes de la corrección política.

Tras mencionar múltiples canciones y anuncios, se comentó con mayor detenimiento el caso de la nueva versión de *El libro de la selva*, de Disney, de 2016. Contra la versión clásica de 1967, que era fiel al libro de Kipling y donde el niño volvía con los hombres gracias al amor por una chica, en la nueva versión *Mowgli* «escoge» su identidad, rechazando su

naturaleza humana. Aunque el resultado parezca deformante, estamos ante un espejo exacto de la mentalidad imperante en nuestro tiempo.

Para estudiar los casos de «cancelación positiva», nos remitimos a la «Escultura inexistente» (2020) que el artista Salvatore Garau vendió por una fortuna a pesar de ser un vacío, nada, aire. La violencia apenas disimulada con que cierto arte contemporáneo se impone sobre el público impresiona. Nos remite al cuento de «El traje nuevo del Emperador» de Hans Christian Andersen.

Para comprender su alcance sociopolítico, estudiamos las reflexiones del pintor Juan Antonio Presas: «A nivel popular fue necesario que nos familiarizáramos con la relativización, primero, y la inversión, después, del concepto de Belleza en las artes para que aceptáramos con naturalidad la relativización de la Verdad y el Bien en todos los ámbitos políticos y sociales, a la que está siguiendo una inversión de ambas nociones que sólo encuentra parangón en la que se dio previamente en el orden estético. Y así estamos». Se nos obliga a aceptar y a admirar como arte algo que no creemos que lo sea o que directamente no es nada. Será el antecedente de nuevas obligaciones en la política y en la sociedad, cada vez más arbitrarias. Una rebelión en el campo de lo estético y de su violencia simbólico nos evitará revoluciones más penosas en campos más sociales y políticos. Lo que nos deja a las puertas del segundo punto de nuestro análisis.

EL ARTE Y LA LITERATURA CONTRA LO POLÍTICAMENTE CORRECTO

Es muy fácil concluir que se hace necesario reaccionar contra lo políticamente correcto en el arte y la literatura, si se quiere que éstos sobrevivan. Contra el fatalismo, hay que añadir que, afortunadamente, la presión de la cultura de la cancelación crea oportunidades, más arriesgadas, sí, pero también más fecundas de hacer obras que merecen la pena. El arte casi siempre ha levantado el vuelo a la contra de los vientos dominantes.

Lo expresa con gracia un dístico del marqués de Tamarón: «Sin cesura ni censura / no hay buena literatura». El arte y la literatura que bajan con la corriente de los tiempos pierden vigor y mordiente casi sin remedio, mientras que los que tienen que remar contracorriente, para conseguir remontar, han de ser firmes y constantes. Antoine Compagnon en *¿Para qué sirve la literatura?* lo sintetiza: «La literatura es una fuerza de oposición: tiene el poder de combatir al poder. Contrapoder, pone de manifiesto todo el alcance de su propio poder cuando es perseguida. De donde se desprende una molesta paradoja, a saber, que la libertad no le es propicia».

En términos más políticos y actuales, lo explican Pedro Herrero y Jorge San Miguel en *Extremo centro: el manifiesto* (Deusto, 2021): «A cualquier ideología o religión le conviene estar en las catacumbas, ejerciendo una resistencia al poder establecido. En las décadas de 1960 y 1970 en España, una persona de valores conservadores representaba, en cierto modo, la conformidad y el sistema. Hoy esos valores han pasado a estar casi proscritos y, por tanto, enarbolarlos cobra un significado muy valioso, no sólo porque estás defendiendo algo que et supone un coste personal, sino porque esa acción forja un carácter, y crea comunidad. Hoy, a los conservadores españoles les conviene esa identidad contracultural, porque los dota de un cierto carácter moral; y les hace, en general, dar menos la turra y ser menos invasivas que las generaciones hiperideologizadas de la Nueva Izquierda».

Pasamos a estudiar, en consecuencia, varias formas creativas de burlar la censura, sin ánimo de ser exhaustivos. Importa destacar que no hay sólo una, y aunque se puede preferir algún método por razones estéticas o filosóficas o de carácter, todas contribuyen a expandir los ámbitos de libertad. Pensemos por ejemplo en don Francisco de Quevedo sin callar su denuncia política por más que con el dedo, señalándose ya la boca ya la frente, silencio le avisaran o miedo. Y contrastémoslo con la actitud del más que probable criptocatólico William Shakespeare, muchísimo más sutil. El inglés introdujo en sus obras la crítica de contrabando, sorteando con inmensa inteligencia los peligros de su tiempo. Ambas fórmulas dieron lugar a obras deslumbrantes.

Las posibilidades son, por tanto, innumerables. Se han analizado distintos casos. Este poema de Miguel d'Ors caricaturiza las críticas al papa Juan Pablo II usando nada más que las mismas críticas se vertían contra él. Al hacer un collage de todas ellas, el resultado ensalza la grandeza del papa polaco al tiempo que deja a sus incoherentes críticos en el más bochornoso de los ridículos. Sin añadir nada de su propia cosecha, sin verter ni una opinión del autor:

TODA LA VERDAD SOBRE JUAN PABLO II

Qué sabrá él de la vida de la gente diaria
siempre retirado allá en lo alto del Vaticano
si apenas conoce nuestro mundo occidental
y casi nunca está en el Vaticano qué irresponsabilidad
tanto viajar de un sitio para otro
porque cómo podrá comprender otras culturas

si sólo conoce el mundo occidental
y lo que dice interesa únicamente a cuatro viejas
pero siempre se pone del lado del capital
y a qué viene todo ese fanatismo masivo de los jóvenes
ni que fuera los Rolling Stones
qué pesado siempre con los obreros los obreros
amargándonos la vida
tan conservador
que hasta se ha empeñado en imponer cambios
en las costumbres tradicionales de la curia
siempre tan débil dejándose influir por lo que dice el Opus
que viaje todo lo que le dé la gana a mí me es indiferente
y es tan autoritario que nunca tiene en cuenta lo que le dicen
y además no soporto que esté siempre viajando de un lado para otro.

6/7-X-82

(Curso Superior de Ignorancia, 1987)

Otro método diametralmente distinto es el de Luis Alberto de Cuenca, que decide reírse a la cara de ese discurso postmoderno, con una pose exageradamente provocadora que dispara opiniones incorrectas a discreción. Poéticamente funciona igual de bien.

POLITICAL INCORRECTNESS

Sé buena, dime cosas incorrectas
desde el punto de vista político. Un ejemplo:
que eres rubia. Otro ejemplo: que Occidente
no te parece un monstruo de barbarie
dedicado a la sórdida tarea
de cargarse el planeta. Otro: que el multi-
culturalismo es un nuevo fascismo,
sólo que más hortera, o que disfrutas
pegando a un pedagogo o a un psicólogo,
o que el Mediterráneo te horroriza.
Dime cosas que lleven a la hoguera
directamente, dime atrocidades
que cuestionen verdades absolutas
como: «No creo en la igualdad». O dime
cosas terribles como que me quieres

a pesar de que no soy de tu sexo,
que me quieres del todo, con locura,
para siempre, como querían antes
las hembras de la Tierra.

(La vida en llamas, 2006)

Una cuestión mucho más enrevesada supuso plantearnos qué límites o concesiones se pueden hacer al ataque de lo políticamente correcto para permitir luego el contraataque. Lo estudiamos sobre el ejemplar artículo «El moralista reticente» del historiador británico Tony Judt, publicado en Letras Libres el 11 septiembre 2013. Judt repasa con admiración cómo Albert Camus se enfrentó a los grandes traumas históricos de su tiempo –la Liberación francesa, la Guerra Fría, la independencia de Argelia– con fidelidad a su conciencia, huyendo del partidismo. Pero, en el proceso, Camus hubo de hacer concesiones que angustiaron su conciencia. ¿Cuáles, en concreto? Para ganarse el derecho a criticar a los comunistas, se amparaba en la equidistancia de criticar también a los Estados Unidos o al régimen de Franco, aunque sabía perfectamente que la equiparación era injusta y tramposa. El resultado:

Al sugerir esas comparaciones compraba el derecho de criticar el comunismo, de señalar los campos de concentración rusos y de mencionar la persecución de artistas y demócratas en Europa del este. Pero el coste en capital moral era elevado. Lo que Camus quería hacer de verdad –o tener la libertad de hacer si lo decidía– era condenar lo condenable sin recurrir al equilibrio o la comparación, invocar criterios y medidas de moralidad absolutos, sin mirar con miedo hacia atrás para comprobar que su línea de retirada moral estuviese cubierta. Hacía mucho que lo sabía pero, como confesó en sus Cuadernos el 4 de marzo de 1950, «solo tardíamente se adquiere el valor de sostener lo que se sabe».

¿Qué peajes son legítimos? La conclusión del taller, tras un sopesado debate, fue que valen las ironías, por supuesto, también las sugerencias e incluso los silencios estratégicos, pero nunca la mentira. Desde ese momento, te pasas al enemigo que crees combatir. Aunque Tony Judt salva en su artículo a Albert Camus, que hizo algo (sin duda) de inmenso mérito y valor, nosotros estamos de acuerdo con Camus cuando autocriticaba su actitud. Su conciencia volvía a ser la más fina y ejemplar.

Esta diversidad legítima de estrategias y posturas con las que enfrentarse a la cultura de la cancelación y a la presión de lo políticamente correcto conlleva un peligro muy actual. Que los partidarios de un modo (ya sea en el más beligerante o el más sutil o cualquier intermedio) pierdan tiempo y energías en criticar el modo diverso con el que otros cumplen con el deber de rebelarse o de socavar el discurso uniforme o de hacer que el público lo cuestione. Se malgasta muchísima munición con este «fuego amigo». Cuanto más agobiante es la presión de lo políticamente correcto, más tentador puede resultar orientar el esfuerzo a criticar al que no lo encara exactamente tal y cómo me gustaría. ¿Cabe la posibilidad de que se trate de un subterfugio subconsciente para ponerse a rebufo de la crítica woke o de perfil? Lo indudable es que el gran beneficiario de estas críticas cruzadas será siempre el discurso de lo políticamente correcto, pues los bomberos que tendrían que apagar el incendio no dejan de pisarse mutuamente las mangueras o de descalificarse unos a otros.

Cualquier manifestación artística que contribuya a ampliar los márgenes de libertad o de preocupación por los valores más trascendentes merece siempre un respeto y, en la medida de nuestros gustos, un apoyo. Ya se nos dijo que los hijos de la oscuridad eran más astutos que los hijos de la luz, pero tratemos al menos que las diferencias no devenguen abismales.

EL ARTE Y LA LITERATURA POR ENCIMA DE LO POLÍTICAMENTE CORRECTO

El escalón más alto de nuestro estudio es un belvedere. Se trata de contemplar el extenso panorama hasta el horizonte e identificar que la cancelación puede tendernos dos trampas superpuestas. La primera es aceptarla sumisamente; la otra, conformarse con la reacción y la rebeldía. El arte y la literatura han de ser capaces de mantener una esfera de libertad e independencia que les permitan seguir creando con apelaciones directas a lo más hondo y alto del ser humano. Específicamente a la belleza. No podemos olvidar la pertinente advertencia de Hans Urs von Balthasar en Gloria: «Nuestra situación hoy muestra que la belleza reclama para sí al menos tanto valor y decisión como la verdad y la bondad, y no permitirá que se la separe y aisle de sus dos hermanas sin llevárselas con ella en un acto de misteriosa venganza. Podemos estar seguros de que quien se burle de su nombre como si fuese el ornamento de un pasado burgués (lo reconozca o no) ya no sabe rezar, y pronto no sabrá amar».

El que quiera crear está obligado hoy en día [primera dimensión de nuestro análisis] a tener en una mano la espada [segunda dimensión] y en

otra la espátula [tercera], como recordaba hace unos meses Ricardo Calleja en un artículo de *El Debate* de hoy citando a T. S. Eliot, que recogía una cita del profeta Nehemías acerca de la reconstrucción del Templo. Recordamos en este punto que la defensa necesaria –la espada– no nos debe alejar de la espátula de la construcción creativa.

Para un objetivo tan ambicioso lo más urgente es la humildad. Si nos preocupamos prioritariamente por el eco mediático que puedan tener nuestras creaciones, estaremos cortándonos las alas. Hay que recitarse a menudo los versos del recientemente fallecido Aquilino Duque:

Luego he tratado de que lo que quería,
para todo el país, para toda la tierra
fuese al menos posible en unos pocos
metros a la redonda.

Luego, si se van sumando los metros a la redonda de persona a persona comprometida en mejorar su país y toda la tierra, la influencia se dejará sentir. Pero si nadie se ocupa de sus metros a la redonda, no habrá forma.

En consecuencia, hemos trabajado en el taller las vías para lograr una mirada creativa. Debemos ser focos de belleza, de verdad y de bondad en nuestra vida cotidiana, en nuestros trabajos y en nuestras relaciones sociales. También, si es el caso, en nuestras creaciones artísticas. Analizamos esta cita de Simone Weil en *Literatura y moralidad*: «El mal imaginario es romántico, variado; el mal real, triste, monótono, desértico, tedioso. El bien imaginario es aburrido; el bien real es siempre nuevo, maravilloso, embriagante». La perspicaz observación se transforma en un acicate para llevar el impulso creativo a la vida normal y corriente, donde el hombre de la calle está muy predispuesto al bien, a la verdad, a la belleza, y al sentido común, en suma.

Para no perder ese contacto con la realidad se adujo la importancia capital que tiene el silencio, como ámbito de encuentro con uno mismo y con la trascendencia. Trajimos a colación la obra del filósofo Byung-Chul Han, *Loa a la tierra* (Herder, 2019). Es el más bello y hondo de sus libros. En él explica cómo el mero hecho de cuidar un pequeño jardín le llevó a encontrarse consigo mismo, con sus raíces familiares y finalmente con el catolicismo de su infancia. Todo empezó en el silencio y en el trabajo humilde de la tierra:

El trabajo de jardinería ha sido para mí una meditación silenciosa,

un demorarme en el silencio. Ese trabajo hacía que el tiempo se detuviera y se volviera fragante. Cuanto más tiempo trabajaba en el jardín, más respeto sentía hacia la tierra y su embriagadora belleza. Desde entonces tengo la profunda convicción de que la tierra es una creación divina. El jardín me transmitió esa convicción, es más, me hizo comprender algo que por mí se ha convertido en una certeza y ha asumido carácter de evidencia. “Evidencia” significa originalmente ver. He visto.

Pasar tiempo en el jardín florido me ha devuelto una devoción piadosa. Creo que existió y que existirá el Jardín del Edén. Creo en Dios, en el creador, en ese jugador que siempre empieza de nuevo y que así lo renueva todo. También el ser humano, por ser creatura suya, está obligado a participar en el juego. El trabajo o el rendimiento destruye el juego. Es un hacer ciego, vacío, que ha perdido el habla.

Algunas líneas de este libro son plegarias, confesiones, incluso declaraciones de amor a la tierra y a la naturaleza. No existe la evolución biológica. Todo se debe a una revolución divina. Yo he tenido esta experiencia. La biología es, en último término una teología, una enseñanza sobre Dios.